

Pedro Ontoso

Con la Biblia y la Parabellum

Cuando la iglesia vasca ponía una vela a Dios y otra al diablo



PENÍNSULA ATALAYA

Pedro Ontoso
Con la Biblia
y la Parabellum

Cuando la Iglesia vasca ponía una vela a Dios y otra al diablo

Prólogo de Rafael Aguirre Monasterio

ediciones península

© Pedro Ontoso Soto, 2019

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: mayo de 2019

© del prólogo: Rafael Aguirre Monasterio, 2019

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2019
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespensula@planeta.es
www.edicionespensula.com

PAPYRO - fotocomposición
DEPÓSITO LEGAL: B. 6.992-2019
ISBN: 978-84-9942-812-3

ÍNDICE

Prólogo de Rafael Aguirre Monasterio	11
Introducción: El terrorismo de las Brigadas Rojas y su reflejo en Euskadi	19
1. La religión, en el ADN de los vascos	39
2. El PNV viaja al Vaticano: del portazo a Aguirre a las puertas abiertas a Urkullu	47
3. Monseñor Laboa y la aventura del futuro Juan XXIII en Euskadi	79
4. El clero vasco rebelde y el nacimiento de ETA	99
5. El magisterio de los obispos vascos sobre la violencia	115
6. Hombres de Iglesia entre las víctimas del terrorismo de ETA	135
7. ¿Estuvo Juan Pablo II en el punto de mira de ETA?	167
8. El papel de los jesuitas: el secuestro de Guibert, padre del rector de la Universidad de Deusto	179
9. Monseñor Uriarte, mediador entre el Gobierno de Aznar y ETA	215
10. Los zapadores de la Comunidad de San Egidio desembarcan en Euskadi	237
11. Un movimiento pacifista con sello cristiano	259

12. El golpe de mano del cardenal Rouco y el cambio de timón del Vaticano	297
13. La contribución del sacerdote Alec Reid, el Gandhi irlandés	317
14. La vía vaticana que buscó Eguiguren con Etchegaray: un socialista pide la mediación de un cardenal	343
15. Arrepentidos los quiere Dios: el caso de Txelis, exjefe de ETA	365
16. La Biblia frente a las pistolas: apóstoles de la reinserción	379
17. La Iglesia vasca bendice a los mediadores internacionales	413
18. La Iglesia vasca no se desarma	447
 Bibliografía	 469

LA RELIGIÓN, EN EL ADN DE LOS VASCOS

«*Euskaldun, fededun*», la categoría que equipara el ser vasco con ser creyente, es un axioma que se ha grabado a sangre y fuego de generación en generación en Euskadi tras una tradición milenaria en la que las referencias religiosas han formado parte del ADN de su pueblo y han conformado su identidad. En un primer momento, estas referencias eran un conjunto de creencias muy ligadas con la mitología y las leyendas, con un mundo mágico que tenía mucho que ver con la naturaleza y con la vida rural, pero que con el avance de la predicación de las órdenes religiosas fue tomando otra forma. El clero vasco, que luego se conformaría como un grupo de presión, salía del mismo pueblo y defendía las aspiraciones de ese pueblo, que terminaría convirtiéndose en un sujeto político con un valor místico. Este fue un proceso que duró años y en el que surgirían personajes con fuerte personalidad, que lograrían influir en la conducta y en el comportamiento de los ciudadanos. La historia del País Vasco no se puede entender sin el papel preponderante de figuras del estamento eclesiástico, pues estas no se dedicaron únicamente a organizar sus domingos y sus preceptos religiosos, sino que además acabaron adoptando el rol de ideólogos de su sistema sociopolítico. Esa conexión entre el Fuero Viejo y sagrado y el concepto trascendente de

Dios todavía se respira en el partido gobernante en Euskadi, el PNV, que mantiene a Jaungoikoa (Dios) en el frontispicio de su lema, pese a su apresurada secularización. Lo que continúa siendo un enigma insondable es la pregunta de por qué en una sociedad tan católica como la vasca germina una ideología totalitaria que nutre y alimenta a ETA, una organización despiadada que rompe con esa tradición.

Uno de esos personajes que influyó en la conciencia nacional vasca fue el jesuita Manuel Larramendi (Andoain, 1690), un filólogo que se preocupó por el futuro del euskera (como una larga nómina de curas y religiosos) y al que algunos consideran el precursor del foralismo. En su obra *Sobre los fueros de Guipúzcoa*, se pregunta:

¿Qué razón hay para que esta nación privilegiada no sea nación aparte, nación por sí, nación entera e independiente de las demás?; ¿por qué tres provincias de España (y no hablo ya del reino de Navarra) han de estar dependientes de Castilla (Guipúzcoa, Álava y Vizcaya) y otras tres, dependientes de Francia (Labort, Sola y Baja Navarra)?

Esta fue una filosofía política que interesó años después a muchos nacionalistas, entre ellos, a Xabier Arzalluz, exjesuita y líder carismático del PNV. Antes de eso, los sentimientos fueristas fueron sustituidos por la ideología nacionalista de Sabino Arana, tal como apunta el profesor Luis Haranburu Altuna en su documentado libro *El crepúsculo de Dios: historia cultural del cristianismo en Vasconia*.

La identidad del alma vasca era fundamentalmente religiosa, e impregnaba todos los ámbitos de la vida cotidiana, incluido el de la intervención en la actividad social. En ese terreno, la presencia pública de la Iglesia ha sido muy relevante. Uno de los personajes más representativos en ese campo

fue Policarpo de Larrañaga (Soraluze-Placencia de las Armas, 1883), un sacerdote que se volcó en la defensa del obrerismo. Fue consiliario de Solidaridad de los Trabajadores Vascos (STV), una central obrera cristiana y nacionalista que también atendió las reivindicaciones de *arrantzales* y *baserritarras*. La identidad de clase estaba supeditada a los valores tradicionales vascos. STV fue el embrión del sindicato ELA (Eusko Langileen Alkartasuna), que ha jugado un papel fundamental en la política de Euskadi como contrapoder y con una clara vocación en favor de las reivindicaciones soberanistas.

La antorcha de don Poli la recogió el padre Valentín Bengoa, sacerdote jesuita y una figura indiscutible del sindicato. De hecho, la Compañía de Jesús tenía a este religioso dedicado de pleno a la actividad sindical. Nacido en la localidad guipuzcoana de Aretxabaleta, Bengoa descubrió pronto la teología de la liberación. Su labor de apostolado la inició en el norte de África, Venezuela y Nicaragua; esta última, tierra de misión entonces para muchos vascos, donde coincidió con Fernando Cardenal, también jesuita, que llegó a ser ministro de Educación en el Gobierno sandinista. Bengoa inculcó en muchos jóvenes una síntesis entre la fe cristiana y el compromiso sociopolítico. En su segundo congreso, ELA se incorporó a la Confederación Internacional de Sindicatos Cristianos (luego llamada Confederación Mundial del Trabajo), en una época en la que estaba en boga Jacques Maritain, otro influente en los códigos morales del nacionalismo. Antes de acentuar su solidaridad de clase y de perfilar su proyecto político, ELA estuvo guiada por la doctrina social cristiana, y el padre Bengoa fue su referencia intelectual e ideológica.

La religiosidad popular se había ido apuntalando en Euskadi a través de muchas manifestaciones, desde la cultura, el arte o las tradiciones. Un hilo conductor en la labor de estos eclesiásticos fue la defensa y la promoción del euskera, tanto en su

aspecto de investigación y producción literaria como en el de la educación, un campo en el que aportaron métodos novedosos para su aprendizaje, sobre todo teniendo en cuenta que en aquellos tiempos la lengua vasca estaba perseguida. Por su formación, los clérigos eran los únicos capaces de usar el euskera en el aspecto literario y cultural, aunque también es verdad que la predicación y la transmisión de la fe eran sus mejores incentivos para ello, pues no tenían otro modo de hacerlo que a través de la lengua que el pueblo conocía. Para llegar a los fieles, debían hablarles en euskera. A pesar de provenir de una extracción rural, aquellos religiosos fueron personas muy preparadas intelectualmente, con capacidad de pensamiento y espíritu de sacrificio, y, de forma mayoritaria, gente muy comprometida con la causa vasca. El 80 por ciento de clero y los religiosos eran nacionalistas de cuna. El movimiento de las ikastolas se puso en marcha con el apoyo de la Iglesia, y el euskera siempre ha sido un pilar del «currículum» de Kristau Eskola, la entidad que agrupa a los centros católicos de Euskadi. Si se repasa la totalidad de la producción literaria en esa lengua, hasta hace muy pocos años correspondía a gente de la Iglesia casi en un 70 por ciento. Uno de los fundadores de la Real Academia de la Lengua Vasca-Euskaltzaindia, así como su primer presidente, fue el sacerdote Resurrección María de Azkue. La unificación de los dialectos —lo que se conoce como «euskera batúa»— se produjo en el santuario de Arantzazu en 1968, cuando al frente de la Academia se encontraba el franciscano *aita* Villasante. En el primer intento, en Baiona, participó gente tan variopinta como el franciscano Intxausti o el ideólogo de ETA José Luis Álvarez, *Txillardegi*, padre de las siglas de la organización terrorista. Otro de los grandes en ese universo del euskera fue el sacerdote, antropólogo y etnógrafo José Miguel de Barandiarán, considerado el patriarca de la cultura vasca, que desarrolló una ingente labor junto con el padre Manuel de Lekuona

en el seminario de Vitoria, considerado un «nido de nacionalistas» por las autoridades de la época. Ambos fueron desterrados. Franco castigó a los vascos con la prohibición de su lengua, y ETA hizo del euskera su bandera en su misma génesis.

Durante la Guerra Civil, Euskadi se situó al lado de la República y contra los militares sublevados. La mayoría del clero vasco se sentían *abertzales*, patriotas, porque eran cristianos. Muchos curas y religiosos se convirtieron en capellanes del Ejército vasco y vivieron la contienda como un gran desgarrro. Uno de los más carismáticos fue Aita Patxi, un pasionista vizcaíno en camino a los altares que cruzó la frontera para asistir al funeral del *lehendakari* Aguirre. Al terminar la guerra, los clérigos pasaron a engrosar el núcleo de los vencidos, y muchos de ellos, más de setecientos, fueron encarcelados o desterrados. La fotografía de los sacerdotes junto al socialista Julián Besteiro en la cárcel sevillana de Carmona dio la vuelta al mundo. El clero nacionalista se replegó y volvió a sus aldeas y monasterios, aunque alguno de ellos expresara ese desasosiego a través de escritos que luego tendrían una influencia significativa en el imaginario de esa comunidad humillada. Este fue el caso del poeta franciscano Salvatore Mitxelena, al que algunos investigadores incluyen entre quienes han aportado un poso de legitimación a la violencia. Mitxelena ya era novicio en la Guerra Civil, que lo pilló con diecisiete años. Después escuchó, como otros muchos jóvenes de su generación, historias de represión a la luz del fuego del caserío, que era el auténtico lugar de socialización. Su poemario *Arantzazu, euskal-sinismenaren poema* fue el primer libro que se publicó en euskera tras la dictadura franquista.

El pueblo vasco se convirtió en víctima. El franciscano expresó su honda preocupación por el futuro del euskera, y esa angustia se transformó en la angustia por la muerte de la cultura vasca y de todo el pueblo, que pasó a ser la víctima

absoluta y perfecta. Así lo describe Joseba Arregi, exconsejero de Cultura en el Gobierno vasco, que analiza su pensamiento en el libro *El terror de ETA: la narrativa de las víctimas*. En el poemario, el franciscano vincula el milagro de la aparición de la Virgen de Arantzazu y la gran devoción que esta suscita con el nuevo tiempo de un pueblo vasco agónico y su identidad colectiva. Y le confiere a ello una dimensión política: «El sentimiento de la muerte inminente del pueblo vasco, de la patria vasca, a causa de la guerra declarada por sus enemigos españoles está vinculada en una colección de poemas con la mención continua de la cruz, la cruz en la que murió Jesús, las cruces que adornan los montes vascos». España es la enemiga que produce esa angustia, por lo que el pueblo vasco, derrotado y víctima pura, «está legitimado para atacar y defenderse».

Esa mentalidad, asentada a través de la tradición oral y cantada, estaba en las misas de los pueblos y en las procesiones que se realizaban cada cierto tiempo a los santuarios, entre ellos el de Arantzazu, el monte Sinaí de los vascos, o el de Iciar, a los que peregrinaban miles de vascos desde hacía siglos, entre ellos, muchos jóvenes que acabaron en ETA. «Yo he vivido el sufrimiento de un pueblo que perdía su identidad», me confiesa un directivo de una de las diócesis vascas. Mi interlocutor, quien, como muchos otros jóvenes, militó en organizaciones como Herri Gaztedi, reconoce:

A mi bisabuela, que solo hablaba euskera, la humillaban a gritos de «¡Habla en cristiano!». Mi madre era muy cristiana y no se sentía española, pero abominaba de los crímenes de ETA. Pero a nosotros, los monitores de montaña nos hablaban de torturas históricas en la dictadura, de la humillación de nuestros antepasados en la guerra. Los curas preservaban la identidad del pueblo vasco y en un principio justificaban la actividad de ETA. Luego te vas quitando la venda de los ojos.

La incidencia de este movimiento de Iglesia —pero *abertzale*— al servicio de Euskal Herria fue muy importante en el mundo rural vasco. Se pasaba de la acción en organismos cristianos a la acción en la militancia política. La línea entre una y otra era muy delgada. Herri Gaztedi (antes Baserri Gaztedi) era la versión de la Acción Católica en el mundo rural. El compromiso con la cultura vasca y el euskera se mezclaba con la acción política. El movimiento publicaba la revista *Gazte*, en la que aparecían reflexiones morales que llegaban a justificar la violencia. En el famoso «Libro Blanco de ETA», en el que la organización recogió su primera doctrina, el modelo de acción era el activismo de Herri Gaztedi. Algunos de sus líderes pasaron por la cárcel concordataria de Zamora y otros se enrolaron en la guerrilla latinoamericana. En este último caso se encuentra Laura, sobrenombre de la compañera de Pakito Arriaran, un legendario miembro de ETA que murió en una refriega con el ejército en El Salvador. El antropólogo Joseba Zulaika relata en su libro *Violencia vasca: metáfora y sacramento* los dramáticos acontecimientos que se produjeron en la localidad guipuzcoana de Icíar entre 1975 y 1980, un periodo en el que se produjeron seis muertes violentas. ETA asesinó a cinco personas, tres de ellas acusadas de ser confidentes policiales, un guardia civil casado con una vecina del pueblo y un industrial. Un etarra de la aldea murió en un enfrentamiento con la Guardia Civil. El caso que más impacto produjo fue el secuestro del empresario Ángel Berazadi, que fue ejecutado en la misma Icíar por un comando formado por jóvenes nacidos en el pueblo tras fracasar las negociaciones de un rescate. Eso sucedió en un emblemático territorio de peregrinación y devoción mariana por jóvenes que habían militado en Herri Gaztedi. Berazadi encontró la muerte a muy pocos kilómetros de un santuario rupestre donde el padre Barandiarán había localizado cámaras sepulcrales del Paleolítico Superior.

El profesor Joseba Arregi considera que el proceso de secularización que tuvo lugar en Euskadi en los años sesenta y setenta adquirió un sentido filosófico «por medio de la transferencia religiosa que se produjo del imaginario construido y elaborado por Mitxelena al planteamiento y al proyecto de ETA». Y puntualiza: «La sociedad vasca dejó de ser religiosa, dejó de practicar la fe católica, fue dejando de creer en Dios. Pero la fuerza de la fe se ha trasladado al sentimiento de víctima total y absoluta que es el derrotado pueblo vasco, una fe que mueve montañas, una fe que justifica la buena conciencia de quien recurre al terror».

La Iglesia, además, jugaba un papel de paraguas, bajo el que se cobijaba la oposición al franquismo, que, aunque había convertido el catolicismo en una religión de Estado, perseguía a quienes militaban en defensa de cualquier derecho. En su libro *Pablo VI, España y el Concilio Vaticano II*, el historiador de la Iglesia Juan María Laboa escribe: «Para Franco y su régimen era peor ser cristiano de izquierdas que comunista. No lo podía entender, aquello le superaba». Una mayoría importante del clero rompió con la jerarquía para comprometerse con los movimientos de oposición. Había una parte de la Iglesia que paseó bajo palio al dictador, y otra que sirvió de escudo a los antifranquistas. En el caso vasco, los derechos civiles se mezclaron con los derechos «nacionales». Si bien es verdad que en la lucha contra la dictadura había mucho cristiano comprometido, no todos eran nacionalistas. Como tampoco todos optaron por la violencia para derribar al régimen.